

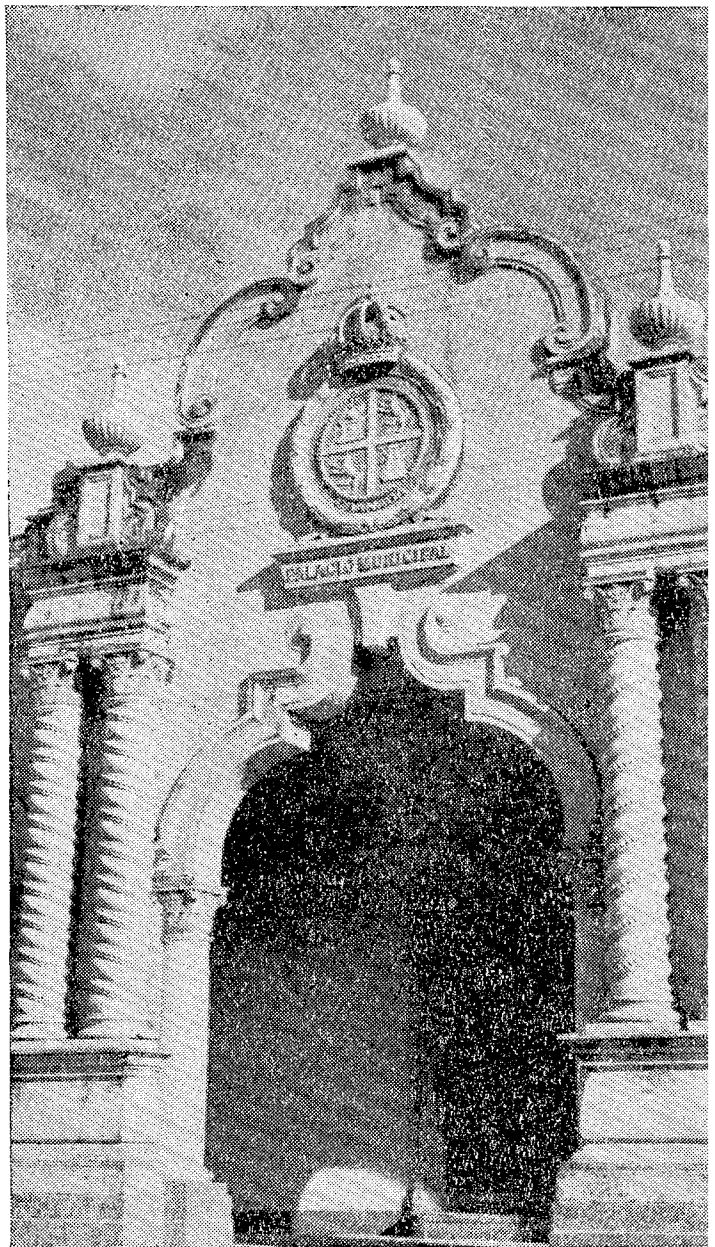
LAS DOS GRANADAS

SIGNIFICADO HISTORICO DE UN ESCUDO

En la pared cabecera del salón principal de la casa de la Municipalidad destaca y preside el Escudo de Granada, formado con azulejos. Es una bella obra salida de los talleres de cerámica de la ciudad española de Granada, que tienen capítulo en la historia del arte universal. La mayólica es fruto de la fantasía de la raza árabe, exaltada y educada en el ambiente español. Amaban los árabes de tal manera ese arte, que usaron el azulejo, material en que habían amasado tierra, agua y aire, con luz de sol, para construir sus monumentales edificios, prefiriéndolo al mármol que hubieran adquirido fácilmente en sus alrededores. Así fué levantada la Alhambra. Sobre ese material brillante se atrevieron a escribir, para fijar con su arte plástico el arte de su espíritu y del canto. Las Casidas del poeta Ben Zuruk, fueron indeleblemente consignadas sobre las paredes de mayólica, en la más lujosa edición de poesía que registra la historia.

Es la cerámica uno de los pasos primeros del arte humano, en sus primitivos avances. En América, nuestros indios modelaron también en barro rústico, no comparable con la mayólica. Lo pulieron y transformaron para trazar originales figuras y atrevidas esculpizaciones, en perdurables colores, que revelan buena aptitud para las artes plásticas. Nuestro pueblo, mestizo de españoles y de esos indios, ha contemplado complacido el Escudo de su ciudad, concedido por un Rey de España, y tan bellamente reproducido por un arte también de España. Una obra de esta clase muestra su excelencia por capacidad de sugerir sentimientos en virtud de su contenido histórico. El envío escrito al pie por la Municipalidad de la noble ciudad, Granada de España, proclama la hermandad en la historia de dos poblaciones, colocadas por sus nacimientos a gran distancia en el tiempo, y ubicadas en continentes distintos con un Océano de por medio.

Qué vínculo, pues, unirá a esas dos po-



Escudo de Granada en la puerta principal del Palacio Municipal.

blaciones, para ser declaradas hermanas por dictado de la mayor?

Tiene la ciudad de Granada de España grande importancia en la historia general de América. Sobre ella fue puesto el punto final a la acción meramente europea de España. Desde ella se abrió, acto continuo, el capítulo del operar americano de la misma España. Trabajo recio fue el realizado para lograr la concentración de la Península en una sola nacionalidad. En todos los países de Europa fue larga y sangrienta la lucha para lograr encerrar en una sola nación, feudos dispersos y hostiles entre sí.

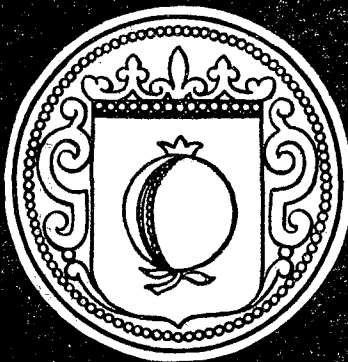
En España esa lucha se libró al mismo tiempo que había que pelear con un enemigo, fiero invasor, que atacaba las esencias de la cultura europea.

Las dos culturas antagónicas que libra-

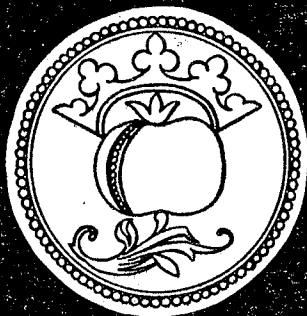
- 1 - El auténtico Escudo de Armas de Granada en su más simple expresión, y sus posibles esmaltes representados según la indicada equivalencia de Pietra Santa.
- 2 - Reproducción al dibujo del Sello de la Ciudad de Granada usado en el siglo XVII.
- 3 - Reproducción al dibujo del Sello de la Ciudad de Granada usado en el siglo XVI.



1



2



3

ron batalla de ocho siglos sobre tierra española, procedían de una misma fuente filosófica, pero corrían separadas hacia ideales muy diferentes. Tenían como fuente común la filosofía griega a partir de Platón y Aristóteles; pero al desenvolver sus propios destinos, la una, modificada por la influencia del cristianismo, levantó como su meta la ciudad de Dios, de San Agustín, en donde deben imperar el espíritu y la caridad.

La otra corría sobre el cauce trazado por un caudillo genial, Mahoma, que le dio cohesión religiosa, pero la lanzó hacia el ideal de la ciudad tiránica, de Alfarabí, en donde imperan la carne y el placer.

Consecuencia natural de tan hondo antagonismo fue una terrible pelea. Los choques violentos, la batalla sangrienta, sin embargo, en la larga brega de ocho siglos, las dos culturas se rozan y no pueden menos que influirse mutuamente.

En la Granada española terminó esa lucha. Los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, que habían logrado unificar a los reinos de León y de Castilla, pusieron fin al dominio musulmán, quitándoles Granada, su último refugio, en costosa acción de guerra.

En la ciudad de Granada grandes alaridos dan:
unos llaman a Mahoma,
otros a la Trinidad.
Por un cabo entran cruces,
de otros sale el Alcorán,
donde antes oían cuernos,
campanas oyen sonar.

Así terminó la tarea de la compactación de España bajo una sola autoridad. Pero debían proseguir los Reyes Católicos su política para lograr definitivamente la unidad nacional y religiosa. El aliento animador de toda la campaña había sido la fé cristiana. Una raza acostumbrada a pelear por tantos siglos, no podía quedarse quieta, al verse constituida en poderosa nación. España vuelve los ojos a todos los horizontes buscando la estrella de su ideal para seguirla.

Ocorre entonces una de esas coincidencias decisivas en la historia. Aparece Cristóbal Colón con su proyecto de navegante iluso. Esas coincidencias suelen ser preparativos providenciales para los grandes acontecimientos del mundo.

En el matrimonio de los Reyes Católicos hay divergencia de criterio respecto a la nueva dirección que deben dar a sus operaciones. Fernando quiere la expansión sobre Europa, siempre con estandarte católico. Isabel, siente más que piensa que tras la mar ignota está el destino imperial de España, y mira con simpatía los proyectos de Colón, de apariencia revesada. Descubierta América por una resolución tomada en Granada cuando todavía humeaban los cañones y patrullaban los

ejércitos, surgió el gran campo de operaciones en lo militar y en lo espiritual. Tierras inmensas para conquistar, numerosas naciones indias para catequizar.

La ciudad de Granada de España se está formando penosamente como ciudad cristiana. Muchos de los guerreros triunfantes se quedan a vivir en ella en medio de los moros vencidos. Y como si fuera Granada pequeño escenario para ensayar la obra que se iba a realizar en América, se opera en la obra de incorporarla, por la penetración cristiana, en el alma infiel, y por la mezcla de razas por la atracción de los sexos.

Apenas ha crecido la primera generación nacida en Granada, cuando se agita España por el entusiasmo de la conquista de América. De esa primera generación de granadinos salen capitanes conquistadores que cruzan el Océano tras la fortuna. Granadinos de la primera nidada fueron: Gonzalo Ximénez de Quezada, fundador del reino de Nueva Granada, Pedro González de Mendoza, fundador de Buenos Aires en Argentina, Francisco Hernández de Córdoba, fundador de Granada y conquistador de Nicaragua.

Apenas tiene Granada de España treinta años de ser cristiana cuando Pedrarias Dávila, segoviano de larga carrera militar, es encargado por los Reyes Católicos de alistar y ejecutar una expedición a Panamá, para sustituir a Balboa, el descubridor del Pacífico. Pedrarias en sus trabajos de alistamiento pone oficina de enganche en Granada, porque sabe que allí "hay gente resuelta, de la raza de los valientes que se quedaron en ella". Ambula por las calles granadinas Francisco Hernández de Córdoba, un muchacho sin ocupación conocida, hidalgo pobre nacido en barrio de Morería. Se le alborota el corazón al conocer las condiciones de la recluta, y logra engancharse como oficial de tercer orden.

Pensando y haciendo, un mes después navega en mar tempestuoso hacia Panamá. Pedrarias, el viejo de hierro, cae sobre Panamá, rompe la obra de Balboa y domina con crueldad; mata al descubridor del Pacífico, y termina la conquista del Istmo y registra los horizontes buscando campo para sus ambiciones de mando y su codicia de riqueza. En ese momento, por nueva coincidencia histórica, de mucho menor magnitud que la llegada de Colón a Granada, llega Gil González Dávila de regreso de la expedición en Nicaragua, con las noticias de sus terrenos fértiles, de la inteligencia de sus indios y de la grandeza de sus lagos. Pedrarias decide conquistar esa región, e incontinentemente puso mano a la obra. Prepara una legión muy seleccionada de valientes: Hernández de Soto, Ponce de León, Juan de Solís, Sebastián Benalcázar y otros no menores.

Pedrarias guardaba reserva sobre quién sería el jefe superior de esos bravos, que después cansaron a la fama con sus proezas. La mayoría decía: con seguridad nos mandará

Hernández de Soto. Pocos días antes de la partida Pedrarias los notificó que el joven Francisco Hernández de Córdoba, "quedaba nombrado Lugar Teniente de Gobernador y Capitán General en estas provincias de la mar del sur". Grande fue la sorpresa de los otros capitanes por tal nombramiento, y mucha la inconformidad al verse subordinados del mozo granadino, que no había dado mayores pruebas de ánimo e inteligencia.

Uno de los más viejos de la expedición, a quien Pedrarias permitía interrogaciones, le preguntó por qué escogía a Hernández para tan difícil empresa. Pedrarias contestó: "Porque es granadino y por tal, gente resuelta de conquista y asiento".

Hernández de Córdoba había crecido durante su permanencia en Panamá en ambiciones. Tuvo el alma abierta para recibir la influencia del ambiente americano: nunca arrugó el semblante ante las cosas ásperas de esta tierra. Un historiador cuenta, que cuando Pedrarias habló con Hernández para decidir su nombramiento, le preguntó: —Sois Granadino? —Granadino soy, contestó Hernández. —Lo digo, replicó Pedrarias, porque la gente de Granada, es gente fiera; allá llegaron en son de guerra, y se quedaron allá. —Yo no llegué, replicó Hernández, mi padre llegó, yo nací allá. —Pues te envío, terminó Pedrarias, para que conquisteis tierras y fundéis y hagáis una buena y rica provincia.

No fue tan difícil la empresa conquistadora de Francisco Hernández de Córdoba. Libró algunos combates, pero los indios no presentaron tenaz resistencia. El señor Teniente de Gobernador y Capitán General llevaba buen ejército, cortó en número, pero de hombres resueltos y veteranos en esa clase de lucha. No lo seguiremos en su ruta. El objeto de este estudio es descubrir el vínculo entre las dos Granadas, la española morisca de España, y la española india de Nicaragua.

Marchando del Sur hacia el Norte, Hernández de Córdoba con sus huestes llegó a Xalteva, pueblo indígena, cabe al gran Lago. Inspeccionó el terreno, recorrió la costa del lago, húmeda y verde, y penetró en las aguas dulces hasta mojarse los estribos. Decidió erigir un poblado, y de primera intención bautizarlo de ciudad. Traió en buena amistad con el cacique de Xalteva. Hizo el trazado, conforme ley y costumbre, de la plaza en cuadrilátero y de las dos calles principales en cruz. Después procedió a levantar un templo suntuoso y un fuerte para defensa. Eligieron el primer ayuntamiento y escribieron el acta de fundación de la ciudad e instalación del ayuntamiento. El señor Diego de Texerina primer Alcalde de la nueva ciudad, preguntó al Teniente Gobernador:

—Cómo llamaremos al poblado, Capitán? Hernández contestó sin vacilar:

—Le llamaremos Granada, es mi ciudad, Granada en la que nací.

Granada no se apartaba de la mente de los granadinos que vinieron a América y aquí

fundaron ciudad o familia. Así, cuenta también la historia que cuando Féderman, el tudesco, que vino a América, y expedicionó por Colombia, le preguntó a González Ximénez de Quezada: ¿cómo llamáis a esta tierra? Contestó Quezada:

De la Nueva Granada la llamo, por la ciudad en que nació.

Hernández de Córdoba, trazó plazas, calles, templos, con imaginación de andaluz. Trajo a hombros de indios el primer bergantín y lo lanzó sobre las olas del Lago. Cada día, al recorrer en su caballo la tierra llana, ensanchaba más y más con sus ilusiones el perímetro de Granada. Pero sus tareas de conquistador lo llevaron hacia el occidente y el Norte; fundó la ciudad de León, la gemela de Granada. Iba y venía en grande actividad. Sus conquistas llegaron hasta la frontera de Honduras. Destacaba a sus subordinados, que le iban después a superar en fama, para concluir la pacificación de la provincia. Otro día despachaba a Hernández de Soto a explorar el Gran Lago, cuyas aguas hacían horizontes al divisarlas desde las costas granadinas. Todos le llamaban el Fundador. Por tal le reconocían y le acataban la gente india de Xalteva ya cristianizadas.

Pero al viejo zorro de Pedrarias le intranquilizaba ese crecer de personalidad en su Teniente de Gobernación, el mozalbeta granadino. Por la misma calidad en que fundó su elección, principió a desconfiar de su crecimiento. Se decía: gente peligrosa resulta la granadina.

Y el viejo Pedrarias, mayor de ochenta años, cargaba el alma de ambición y de codicia, y recargada, en ese momento, de sospechas y crueldades, se dejó venir a Nicaragua para desbaratar y reprimir supuestas o reales intenciones de alzamiento de su Teniente. Vino, puso en prisión a Hernández, le juzgó con prisa y le condenó sin razón. Esto sucedió en León, la ciudad gemela de Granada, capital de la provincia. Subió al patíbulo Hernández de Córdoba con valor de soldado, y con resignación de cristiano. Dijo al inclinar la cabeza al hacha del verdugo: "Ved el crimen que se comete en mí. Como no puedo apelar al Rey, decidle a Pedrarias, que a Dios apelo, y lo emplazo ante su justicia".

Y rodó la cabeza de Francisco Hernández de Córdoba, joven granadino, soldado de fortuna e infortunado, que sin llegar a los cuarenta años, fue Teniente Gobernador, Capitán General, conquistador de tierras para España y fundador de ciudades para Nicaragua.

La ciudad de León, en donde fue enterrado el Fundador, ya no existe. Su población se trasladó leguas lejos de los lagos, huyendo de la costa manchada por la sangre del Fundador y del primer Obispo, y pertur-

bada por el rugido constante del volcán Motombo, irritado por aquellos crímenes. De las fundaciones de Hernández, sólo permanece Granada, cara al Gran Lago, luchando con adversa suerte para desenvolverse y cumplir el destino que le señaló el granadino de las dos Granadas.

Es posible que Hernández al morir haya consagrado su último pensamiento a las dos Granadas. Se diría: La Granada mía en que nació; la Granada mía la que fundé. En ese trágico personaje, que no pudo cumplir la obra de su vida, reside el nudo de la hermandad proclamada en el Escudo de azulejos, generoso obsequio de la Municipalidad de la Granada de España, punto de partida de aquella complicada existencia.

No he podido constatar cuantos granadinos vendrían a Nicaragua con Hernández de Córdoba. He registrado la lista de su ejército en "un documento sobre la repartición del oro que produjo la conquista de Nicaragua", que se guarda en el archivo de San José de Costa Rica. Desgraciadamente no se anota en ella en donde nació cada uno de los nominados. Sus cuentas arrojan la ganancia para Hernández de "trece mil setecientos cincuenta pesos de buen oro".

Bien poco para tantos riesgos como corrió. Esa investigación la hice para explicarme las similitudes de carácter entre la gente de las dos Granadas. ¿Pudo haberlas producido el solo espíritu del Fundador? ¿Sería tan poderoso el soplo de su aliento de granadino enamorado de la ciudad en que nació, y enamorado también del paisaje en que fundó?

He leído en Una Guía Del Viajero, sobre la Granada española: "Espiritualmente complicados, cerradamente localistas a veces también, por paradoja, dejando escapar su espíritu tras todo valor universal, los granadinos, andaluces ariscos más amantes de la gravedad que del regocijo, más irónicos que alegres, y cuando alegres, sobrios en su alegría, más concentrados que expansivos, de inteligencia ágil y percepción aguda, ponen su acento sutil y grave en el idioma íntimo de Andalucía. Acentúa este carácter un matiz de indolencia en el que apoyan un concepto fatalista de la vida, que les defiende del entusiasmo inmediato y fácil, tendencia manifestada en refranes y modalidades expresivas de su lenguaje".

Este traje le viene al granadino nicaragüense, mestizo de español e indio, que acepta muy complacido para su ciudad la categoría de hermana menor de la Granada española y morisca, y se complace en ver brillar el Escudo en la mayólica de azul y blanco, que son los colores que dominan en la bandera y en el paisaje de Nicaragua.

CARLOS CUADRA PASOS